Eugenio Granell

La entrevista tuvo lugar en su casa de la calle Príncipe de Vergara, en el mismo salón donde el pintor, que entonces tenía ochenta y tres años, trabajaba cada día mientras escuchaba música clásica. En aquella estancia, al igual que en otras de la casa, podían verse cientos de libros, muchos de ellos de la Guerra Civil. De apellido valenciano aunque nacido en La Coruña —en Santiago de Compostela la Xunta habilitó en 1995 el pazo de Bendaña para mostrar su obra de forma permanente—, este artista llegó a Madrid a los dieciséis años para estudiar violín en la Escuela Superior de Música. Corría el año 1928 y dos años después publicaba sus primeros artículos en *Nueva España*. Tras una breve militancia en el PCE —«Debíamos ser quinientos en todo Madrid»—, decidió seguir al dirigente Juan Andrade cuando este en 1932 se pasó a Izquierda Comunista, partido que tres años después se fusionaría con el Bloque Obrero y Campesino para crear el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), en el que Granell militó durante la Guerra Civil.

Este pintor, uno de los maestros del surrealismo español, habla sin prisa de aquellos años que marcaron toda su vida, como lo prueban los cuarenta y seis años de exilio sufridos, durante los cuales vivió en Chile, República Dominicana, México, Guatemala, Puerto Rico y Estados Unidos, países en los que fue desde diseñador de muebles hasta periodista, pasando por primer violín de la Orquesta Sinfónica

de Santo Domingo y profesor de literatura española en la Brooklyn College de Nueva York. Al jubilarse en 1985 volvió a España y comenzó a recoger el reconocimiento a su labor artística que durante tantos años le había sido hurtado. Murió en 2001.

—¿Cómo estaba organizado el POUM en Madrid al comienzo de la guerra?

En Madrid apenas éramos ciento y pico. Había algunos periodistas, algunos estudiantes entre los que me encontraba, y gente mayor, unos doce o quince que habían militado en el Partido Comunista. Entre ellos había dos militares que estaban aparte porque no convenía que se supiera. Teníamos células en Tirso de Molina, en el barrio de Salamanca y en algunos otros sitios. Intentábamos reproducir en España la revolución bolchevique del año 17. Queríamos conquistar el poder, igual que los rusos. Entonces estábamos aún en la teoría, aunque nos hubiéramos armado llegado el momento. Lo que pasa es que poner en práctica aquello era imposible porque no se daban varios factores. Primero, el proletariado español, proporcionalmente, era más numeroso que el ruso y la mayoría sabía leer y escribir, porque entre los trabajadores industriales eran pocos los que no supieran. Los anarquistas, al igual que los socialistas, habían educado muy bien a sus juventudes. Basta decirle que la Unión General de Trabajadores tenía 1 200 000 afiliados y la CNT, anarquista, aunque no todos fueran anarquistas, 1 800 000. Yo era de la CNT [en su casa se puede ver un gran cartel anarcosindicalista junto a la bandera republicana] y estaba en el Sindicato de Oficios Varios. La educación era muy alta. Había más analfabetismo en el campo, y eso que desde el siglo XIX empezó a instruirse a los trabajadores del campo, porque en los descansos del mediodía, mientras unos se echaban la siesta, siempre había uno, más culto, que leía a los compañeros que querían una novela de Galdós. Y además había muchos mítines y periódicos. Otro factor era que con los campesinos no se podía contar, porque casi todos eran conservadores, como pasa en todo el mundo. En la historia no hay ninguna revolución campesina, solo ha habido revoluciones proletarias, de obreros industriales. Nosotros queríamos hacer como en la revolución rusa, pero desde que empezó la guerra

hasta enero o febrero del 37 se hizo una revolución social mucho más amplia y profunda que la de Rusia. Tanto en Madrid y Barcelona como en toda España, los trabajadores, que estaban ya muy aleccionados, sabían que había que tener armas y conquistar el poder. Y lo conquistaron. La República dejó prácticamente de existir. Azaña no decidía nada. Después llegaron a recuperar algo del control, aunque no gran cosa, porque el Partido Comunista, que recibía millones de pesetas del Estado ruso, pasó a dominar la situación.

—¿En los meses anteriores a la guerra cuál era la situación que se vivía?

No era tan terrible como después dijo la gente. Había atentados, la mayoría de Falange, pero eran contados. Todo eso del desorden fue propaganda que hicieron los de Franco. En aquellos meses se vivía una democracia absoluta. Yo por entonces me reunía todas las noches en una tertulia de diez o doce amigos en La Granja El Henar. Y fue allí donde me enteré de lo que ocurría en África cuando llegué la noche del 17. Al día siguiente fuimos a una armería, forzamos la entrada y sacamos algunas armas. Un amigo mío, que también era del POUM, sabía además de un depósito de armas donde nos dieron otras veinte o treinta. Con una de aquellas escopetas hice guardia el día 19 en el Ayuntamiento de Madrid, en la calle Mayor. Queríamos asegurarnos el reparto de las instituciones. Al día siguiente alguien me dijo que iban a entregar armas en una calle que hay cerca de la plaza de Benavente y allá nos fuimos, después de que nos relevara la gente del PSOE. Los concejales socialistas eran, por entonces, tan revolucionarios como nosotros y Largo Caballero era el más izquierdista de todos; era el ídolo del proletariado español y tenía un poder mucho mayor que el de todos los demás. Cuando llegamos, la calle estaba llena de hombres. Por fin llegó un camión con unas doscientas armas y nos las repartimos. Allí mismo se dijo que los cuarteles de Carabanchel y la Montaña iban a ser asaltados. Recuerdo que fuimos a la plaza de España. Junto a la estatua de Cervantes había ya grupos armados. Encontré a algunos amigos, socialistas, comunistas y de mi partido. Muchos nos fuimos a Carabanchel y otros se quedaron ante el cuartel de la Montaña, entre ellos mi hermano Julio. Ellos

Rosario Sánchez Mora

Cuando, procedente de Villarejo de Salvanés, llegó a Madrid a sus dieciséis años para estudiar corte y confección no sabía que un año después una bomba la dejaría sin su mano derecha y que este hecho la convertiría en uno de los símbolos de la lucha antifascista de la Guerra Civil española. La fuerza de la palabra hizo que Rosario la Dinamitera ocupara su puesto junto al niño yuntero y los aceituneros glosados por Miguel Hernández en el libro *Vientos del pueblo*: «Rosario, dinamitera, / sobre tu mano bonita / celaba la dinamita / sus atributos de fiera». El poema fue publicado por primera vez en febrero de 1937 en el periódico *A l'Ássaut* que editaba la 12.ª Brigada Internacional. Un mes antes el mismo Miguel Hernández describía a la protagonista de su poema en una revista: «Tiene un temperamento fogoso que ha desahogado en el Guadarrama haciendo bombas y arrojándolas al enemigo. La avergüenza que muchas mujeres vayan a presumir y a mujerear a las trincheras. La dinamita le ha comido la mano derecha, y ella dice que aún le queda la izquierda para seguir haciendo bombas». Murió en 2008, cuatro días antes de cumplir los ochenta y nueve años.

—¿Qué llevó a una muchacha de diecisiete años al frente?

Mi padre era el presidente de Izquierda Republicana en Villarejo y habíamos mamado política. Recuerdo que mi padre me hizo bordarle

en una banderita las palabras «Viva Lerroux», que él había dibujado, y la puso en un mástil en la ventana de la cocina, que era la única que daba a la calle. Cuando nació mi hermana, a la que yo llevo doce años, le puso un gorro frigio, y yo la llevaba por todas las calles con su gorro frigio. Ella no se enteraba, pero yo sí. A los dieciséis años vine a Madrid a casa de unos familiares que vivían en la calle Noviciado. Tenía la ilusión de aprender corte. Una chica del barrio me dijo que conocía una academia que era gratuita. Mejor para mí, me dije, porque yo no tenía posibilidades económicas. La academia estaba en la calle San Bernardo y pertenecía a la Juventud Socialista Unificada; allí lo mismo daban clases de corte y confección que enseñaban gratis asignaturas pendientes a chicos que no se las podían pagar, pero nos dejaban plena libertad y no nos hablaban de política ni hacían propaganda para que cogiéramos el carné. Yo me relacionaba con chicas que sí lo tenían y a los pocos meses me hice con él, aunque no realizábamos trabajo político. Se conoce que la mente de los dirigentes estaba en otras cosas más profundas. Mi padre se alegró mucho cuando supo que me había hecho de la JSU. Fue la única vez que las juventudes tuvieron el buen criterio de unificarse.

—¿Cómo se enteró de que se había producido una sublevación militar?

Yo no leía la prensa en aquellos tiempos, no tenía dinero. Tampoco teníamos radio. En la madrugada del día 20 comenzó el ataque al cuartel de la Montaña y el pueblo, no las milicias, que no existían todavía, sino el pueblo, de forma espontánea, participó en este asalto. Me acuerdo de que estábamos dormidos y escuchamos en el silencio de la noche unos zambombazos. Nos levantamos y bajamos a la puerta a preguntar qué ocurría. Nadie sabía nada hasta que pasó una persona que nos dijo que era en el cuartel de la Montaña, que el Ejército se había sublevado y que había tomate. Oímos los tiroteos durante muchas horas. Por lo menos hasta media mañana no nos dijeron que habían sofocado la sublevación. Esa tarde fui al centro de la JSU, para tomar mi clase de corte. La academia estaba llena de corrillos de jóvenes que contaban lo que había ocurrido, un poco asustados y preocupados porque había estallado la guerra, porque